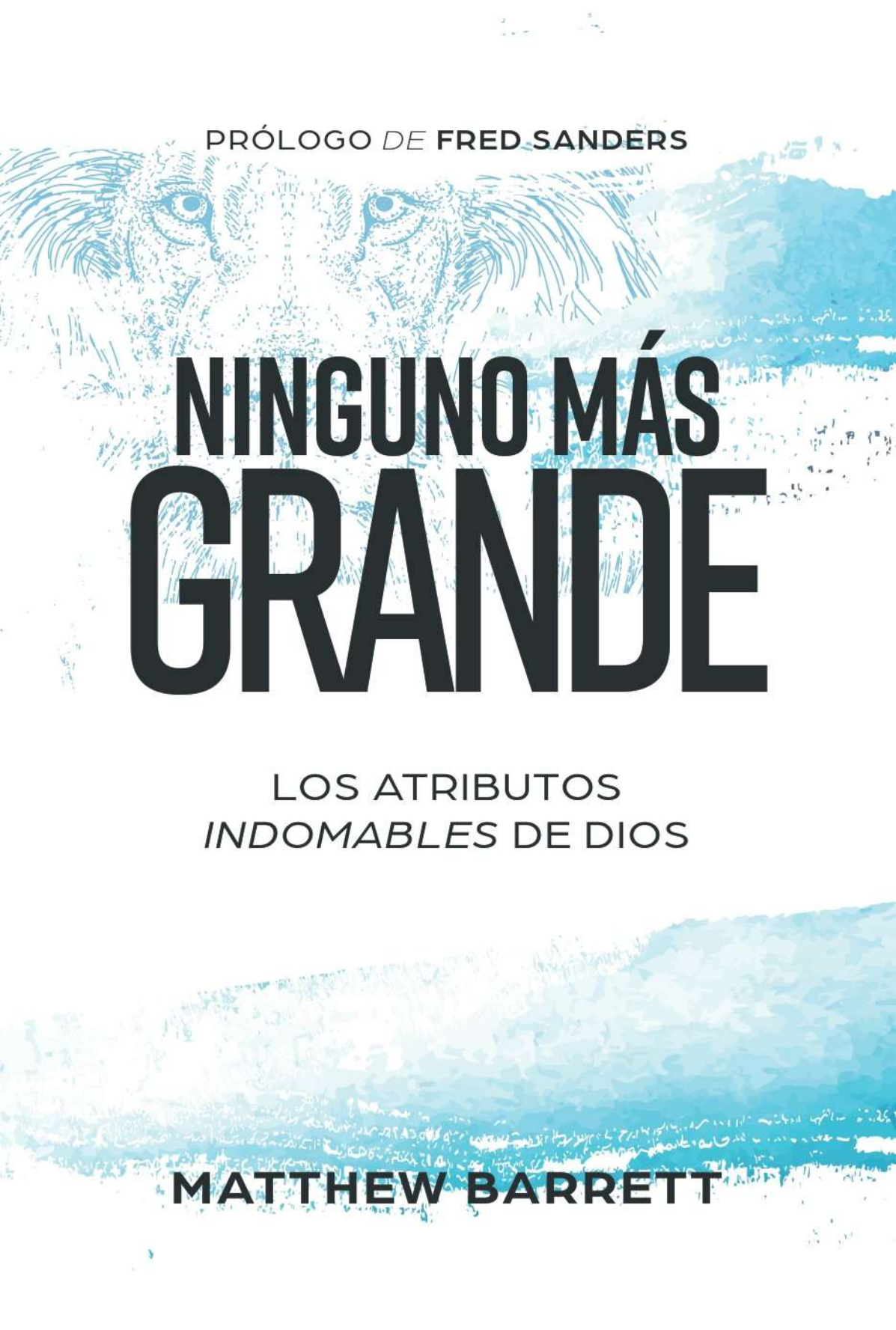




PRÓLOGO *DE* FRED SANDERS

NINGUNO MÁS GRANDE

LOS ATRIBUTOS
INDOMABLES DE DIOS

MATTHEW BARRETT

«La marca de un buen libro sobre los atributos de Dios es que no resume a Dios y no lo empaqueta ordenadamente ni lo encasilla. Más bien, se enfrenta a su inmensidad, su trascendencia y su incomprensibilidad. Nos lleva a maravillarnos de lo mucho y lo poco que sabemos de Él. Llega hasta dónde llega la Escritura, pero no más allá. Este es justo ese tipo de libro, y sobre esa base me complace recomendarlo».

— **Tim Challies** Bloguero en challies.com; autor de *El carácter del cristiano*.

«Tal vez desde R. C. Sproul no haya habido un tratamiento de la teología tan profunda con una devoción y accesibilidad tan cuidadosa. *Ninguno más grande* explora el “adorable misterio” de Dios con claridad y sabiduría. Lea este libro. Y asómbrese».

— **Jared Wilson** Director de estrategia de contenidos, Midwestern Baptist Theological Seminary.

«Los últimos años han revelado que, aunque el protestantismo evangélico ha hecho un buen trabajo en la defensa de una sana doctrina de las Escrituras, se ha descuidado mucho la doctrina de Dios y en muchos puntos se ha alejado de la ortodoxia clásica de Nicea, bajo la influencia de un biblicismo contundente e históricamente mal informado. Afortunadamente, hay un renovado interés por el teísmo clásico entre los teólogos protestantes, pero la discusión a menudo parece enrarecida hasta el punto de que muchos cristianos están confundidos en cuanto a por qué es importante y qué está en juego para la iglesia. El excelente libro de Matthew Barrett tiende un puente entre el teólogo profesional y el que está en la banca, exponiendo en términos claros y accesibles lo que significa la doctrina bíblica, histórica y ecuménica de Dios, por qué es importante y por qué su abandono por gran parte del mundo protestante es algo que necesita ser corregido».

— **Carl R. Trueman** Profesor en Grove City College; autor de *Grace Alone*.

«Ya en 1973, J. I. Packer nos recordaba en su libro *El conocimiento del Dios santo* que la mayor necesidad de la iglesia evangélica era pensar en grande sobre nuestro Dios Trino y conocerlo en toda su perfección, gloria y majestad. Lamentablemente, muchos en la iglesia evangélica no han escuchado el llamado de Packer a conocer a Dios, ya que los evangélicos parecen haberse consumido con todo menos con la gloria de Dios, en detrimento de nuestra vida y salud espiritual. Sin embargo, Matthew Barrett no ha olvidado el grito de Packer de conocer a Dios. En *Ninguno más grande*, Barrett nos ha dado lo que la iglesia de nuestros días necesita desesperadamente más que nada: contemplar la belleza, la gloria, la autosuficiencia y la pura alteridad de nuestro Dios Trino, que es el único digno de nuestra adoración, fe, obediencia y servicio. Este libro es de obligada lectura si la iglesia quiere recuperar su camino y poner a Dios en primer lugar una vez más. Es un maravilloso antídoto a la superficialidad del pensamiento teológico de nuestros días, y nos devuelve a reflexionar de nuevo sobre nuestro Creador y Redentor no domesticado. Es uno de los libros más amenos sobre los atributos de Dios que he leído. Barrett nos llama a volver a las Escrituras y a teólogos anteriores que pensaron profundamente en el Dios del Evangelio. Si quieres mantenerte firme por el evangelio hoy y evitar todas las modas y errores de nuestra época, toma este libro y, por medio de él, sé conducido a lo que es la vida eterna: el conocimiento de Dios en el rostro de nuestro Señor Jesucristo».

— **Stephen Wellum** Profesor de teología cristiana en Southern Baptist Theological Seminary; autor de *God the Son Incarnate*.

«Este tratamiento vivaz e interesante de los atributos de Dios conducirá a los lectores a una apreciación más profunda del Dios que es el único digno de nuestra adoración. En una época en la que reina una gran confusión en cuanto a la naturaleza de Dios, Barrett aporta una exégesis responsable junto con un conocimiento histórico informado de la Gran Tradición y envuelve el paquete en un estilo de escritura que atrae al

lector y explica cuestiones complejas con un toque de destreza. Se trata de una buena introducción a los atributos de Dios que fortalecerá la fe y nos ayudará a pensar con más claridad».

— **Craig A. Carter** Profesor de teología en Tyndale University College and Seminary; autor de *Interpreting Scripture with the Great Tradition*.

«En consonancia con los clásicos de Agustín, Aquino y Anselmo, este libro llega al corazón de la pregunta “¿Qué es Dios?”. Con un enfoque sencillo, pero nunca simplista, Matthew Barrett desentraña lo que la Biblia dice sobre el carácter o incluso las perfecciones de Dios. Dios es maravillosamente santo, y Barrett nos recuerda que no hay nada más grande ni mejor que conocer a Dios. Si conocer a Dios es tu deseo, toma este libro y léelo».

— **Anthony Carter** Pastor principal de la iglesia East Point; autor de *Black and Reformed* y *Blood Work*.

«El conocimiento de Dios es el terreno en el que florece la piedad cristiana. Agradezco la publicación del libro de Matthew Barrett *Ninguno más grande* y oraré para que sea una fuente de crecimiento en la piedad entre aquellos cautivados por su visión de la supremacía de Dios».

— **Scott Swain** Presidente y profesor James Woodrow Hassell de Teología Sistemática en Reformed Theological Seminary–Orlando; autor de *Reformed Catholicity*.

«En una época de frivolidades y distracciones, necesitamos más libros como este. Aquí está el más grande de todos los temas, la teología propiamente dicha, tratada con claridad y precisión. Matthew Barrett escribe de una manera accesible y atractiva mientras explora los atributos de nuestro Dios. Ningún lector saldrá decepcionado de este libro. Espero que muchos devoren este libro, porque no solo informará su teología,

sino que los llevará a la doxología. Y el Dios detallado en estas páginas es digno de ser adorado».

— **Jason Helopoulos** Pastor principal de la University Reformed Church; autor de *The New Pastor's Handbook*.

«Matthew Barrett está publicando material importante y edificante a un ritmo asombroso. En su último libro hace accesible un clásico de los atributos de Dios. Está escrito de forma clara y atractiva, pero muestra el fruto de una gran cantidad de cuidadosa investigación y razonamiento teológico. El compromiso de Barrett con la autoridad suprema de la Escritura como Palabra de Dios es clara en cada página. En una época en la que el pueblo cristiano se ha conformado con demasiada frecuencia con un retrato anémico de la Palabra del Dios vivo, aquí hay un libro que es muy necesario. Amplíe su visión de Dios leyendo este libro».

— **Mark D. Thompson** Director del Moore Theological College.

«Corrientes profundas y poderosas fluyen a través de la exploración de Barrett de la doctrina de Dios. Escribe con rigor exegetico, precisión teológica y visión práctica; todo ello en conversación con algunas de las mentes más brillantes de la iglesia. Este libro merece la pena para estudiar quién es Dios y aprender que realmente no hay ninguno más grande».

— **J. V. Fesko** Decano académico y profesor de teología sistemática e histórica en Westminster Seminary California; autor de *Justification*.

«Dios nos creó para conocerlo, amarlo y adorarlo según la revelación de sí mismo. Uno de los mayores desafíos a esto ha sido siempre nuestros instintos idólatras de reimaginar el carácter de Dios con uno con el que nos sentimos más cómodos o que encaje mejor con las sensibilidades contemporáneas. Esto sucede cuando distorsionamos o descuidamos cualquier atributo de Dios, y esto nos aleja de la relación verdadera y vivificante con nuestro Creador que Él pretende. En *Ninguno más*

grande, Matthew Barrett nos ha dado una presentación tremendamente útil y bíblica de los aspectos del carácter de Dios que a menudo se dejan de lado en nuestra forma de pensar, predicar y adorar. Estoy seguro de que este libro ayudará al pueblo de Dios a conocer, disfrutar y adorar a nuestro gran y amoroso Rey de una manera más satisfactoria y honorable».

— **Erik Thoennes** Profesor de teología y presidente del Departamento de Estudios Teológicos de Pregrado en Talbot School of Theology / Biola University; autor de *Godly Jealousy*.

«Este es un libro importante. La antigua visión clásica de Dios se está erosionando en la iglesia contemporánea. Barrett no es una voz solitaria de protesta (nos señala intencionadamente lo mejor de la teología cristiana de todas las épocas), sino que presenta los temas de forma accesible. Su escritura es atractiva y clara en todo momento. Aun así, este libro pondrá a prueba su concepción de Dios. Pero cualquier libro que valga la pena sobre la doctrina de Dios debería hacer eso, porque, como nos recuerda Barrett, Dios es aquel del que no se puede concebir ninguno más grande. Sí, Barrett nos enseña sobre los atributos de Dios y cómo se interrelacionan, pero leer este libro no es como tomar una clase; se parece mucho más a un ejercicio espiritual, incluso a un encuentro con el Dios vivo. Es como leer un extenso himno de alabanza. Pocos lo leerán sin una creciente sensación de asombro. Este es un libro para leer y releer».

— **Tim Chester** Pastor en Grace Church Boroughbridge, Reino Unido; miembro de la facultad en Crosslands Training; autor de *Enjoying God*.

«Mis pecados y temores pueden deberse, en última instancia, a una visión empobrecida de Dios. Este libro es un tónico bienvenido para mí. Todas

las debilidades y temores de la iglesia moderna se deben a una visión empobrecida de Dios. Este libro es un tónico necesario. Te insto a que lo leas en oración y seas confrontado con el Dios perfecto, infinito, desbordante y trinitario, que es amor, sabiduría, poder y gracia, y más allá de lo que podemos imaginar».

— **Peter Sanlon** Autor de *Simply God*; director de formación en The Free Church of England.

NINGUNO MÁS
GRANDE

*LOS ATRIBUTOS
INDOMABLES DE DIOS*

MATTHEW BARRETT

Ninguno más grande: Los atributos indomables de Dios, publicado originalmente en inglés bajo el título *None Greater: The Undomesticated Attributes of God*

Copyright © 2019 por Matthew Barrett

Publicado por Baker Books, una división de Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan 49516-6287. Todos los derechos reservados.

Traducción al español Copyright © 2024 por Monte Alto Editorial, Cali, Colombia. Todos los derechos reservados. Traducido con permiso de Baker Publishing Group.

Edición en español Copyright © 2026 Editorial Bautista Independiente (EBI), United States. Todos los derechos reservados. Esta edición en español se publica en acuerdo de copublicación con Monte Alto Editorial.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usada con permiso. www.NuevaBiblia.com

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

Categoría: RELIGIÓN / Teología cristiana / General

MA-100

ISBN:

Libro impreso: 978-1-964427-80-5

Ebook: 978-1-964427-81-2

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd, Sebring, FL 33870

www.editorialebi.com

(863) 382-6350

Impreso en Colombia

A Georgia.

«Pero al levantarse temprano al día siguiente, otra vez Dagón había
caído rostro en tierra delante del arca del Señor.
Y la cabeza de Dagón y las dos palmas de sus manos estaban cortadas
sobre el umbral; solo el tronco le quedaba a Dagón».

1 Samuel 5:4

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo	13
Prefacio	17
Introducción	21
1 ¿Podemos conocer la esencia de Dios?.....	37
2 ¿Podemos pensar como Dios?.....	53
3 ¿Es Dios el Ser Perfecto?.....	67
4 ¿Dios depende de ti?.....	83
5 ¿Dios está compuesto por partes?.....	101
6 ¿Dios cambia?.....	123
7 ¿Dios tiene emociones?.....	147
8 ¿Está Dios en el tiempo?.....	179
9 ¿Está Dios limitado por el espacio?.....	205
10 ¿Es Dios todopoderoso, lo sabe todo y es todo sabio?.....	231

11 ¿Puede Dios ser santo y amoroso a la vez?.....	261
12 ¿Debe Dios tener celo para Su propia gloria?	283
Glosario.....	301
Bibliografía.....	311

PRÓLOGO

POR FRED SANDERS

Por lo general, cuando los teólogos descubren que estaban equivocados en algo, lo admiten de inmediato. Pero luego cubren sus huellas. Revisan sus puntos de vista a la luz de la evidencia, adoptan los correctos y, a partir de entonces, simplemente enseñan y hablan como si siempre hubieran sostenido estos nuevos y mejorados puntos de vista. Es posible que hayan emprendido un viaje desde la confusión para llegar a la verdad, pero una vez que llegan, solo hablan del destino. Eso es justo lo que queremos de los teólogos: una descripción de la tierra de la verdad.

Lo mejor del libro de Matthew Barrett *«Ninguno más grande»* es que no borra sus propias huellas. Las vuelve a trazar y nos lleva en el viaje. Y es un extraño viaje de descubrimiento, porque lo que Barrett descubrió fue el Dios que ya conocía. Había estado alabando a Dios, confiando en Dios, sirviendo a Dios, estudiando a Dios en Su Palabra, enseñando cosas verdaderas sobre Dios y orando a Dios todo el tiempo. Pero de alguna manera, en algún momento, se dio cuenta de que había algo irreal, incompleto e inadecuado en la forma en que se había acostumbrado a pensar en Dios.

Aquí es donde el viaje de Barrett se cruza con los viajes de tantos de nosotros que fuimos criados en la fe cristiana. Centrándonos en un subconjunto preseleccionado de cosas que nos gusta recordar de Dios (su misericordia, su íntima preocupación por nosotros, su amor por nosotros), dejamos que nuestros pensamientos sobre Dios orbiten en torno a ese centro familiar. Nos sentimos cómodos con un cierto conjunto

de atributos divinos tranquilizadores, familiares y acogedores. No hay acantilados escarpados, alturas vertiginosas o abismos insondables en la doctrina de Dios en la que nos instalamos. Es como si tuviéramos una doctrina de Dios que lo hace todo bien, salvo que deja fuera sin querer la pura «divinidad» de Dios. Pero eso significa que lo hace todo mal.

Esa es la conmoción que capta el libro de Barrett: conocer al Dios que pensabas que conocías y ser sorprendido por Su pura divinidad. ¡Dios es más grande de lo que creía que era! Extendiendo ese momento de conmoción a todo un libro, Barrett explora todos los atributos divinos que estamos tan tentados a disminuir, minimizar, evitar o ignorar. La perfección, la aseidad, la simplicidad, la inmutabilidad, la impasibilidad, la eternidad y todos los atributos «omni-» se presentan mientras aprendemos a confesar una doctrina de Dios más elevada, más clásica y más bíblica.

El principal descubrimiento que Barrett registra en este libro es el descubrimiento de que Dios es más grande, pero hay otro que lo acompaña: la teología es difícil. La teología es difícil porque una vez que te das cuenta de lo grande que es Dios —del que no se puede concebir ninguno más grande, en la forma anselmiana de decirlo— te das cuenta de lo difícil que es hablar de Dios. El problema no se puede superar simplemente estudiando libros de teología y aprendiendo un nuevo vocabulario más técnico. De hecho, la mayoría de los lectores aprenderán algunas palabras nuevas y útiles de este libro, ya que palabras como «aseidad» no son precisamente palabras familiares, y palabras como «simplicidad» tienen un significado especial en teología. Pero recoger esos términos, y utilizarlos para decir más cosas correctas sobre Dios, no es suficiente. Estas palabras y conceptos de la doctrina cristiana clásica de Dios son solo marcadores en el camino para revertir algunos hábitos de pensamiento arraigados profundamente. Esos hábitos de pensamiento comienzan en su mayoría con un sentimiento como «Si yo fuera Dios...». Nos dejamos llevar fácilmente por un estilo de teología que parte de nosotros mismos e imagina algunas formas en las que Dios debería ser así, pero más grande

PRÓLOGO

y mejor. Me siento triste cuando me rechazan, así que Dios debe sentirse aún más rechazado, pero sin actuar por ello. Yo necesito ser amado, así que Dios necesita ser amado aún más, pero también de alguna manera debe ser capaz de aceptar cuando no lo es. Es posible tomar declaraciones como estas y matizarlas lo suficiente, o cubrirlas con algunos principios bíblicos o descartar errores groseros, de modo que terminemos con una teología decente de un Dios respetable. Pero hay un problema subyacente que seguirá generando errores cada vez que bajemos la guardia. El problema subyacente es un estilo teológico que, incluso en su lectura de la Escritura, trabaja desde nosotros hacia Dios.

Con *Ninguno más grande*, Barrett está decidido a invertir esa dirección. Ha aprendido que el camino correcto de la teología es seguir la revelación de Dios desde arriba hacia abajo, y quiere que los lectores lo acompañen en este viaje. Eso exige algunos movimientos verdaderamente contraintuitivos, porque realmente tenemos que salir de nosotros mismos para escuchar el mensaje de la perfección y la bendición de Dios. Y requiere que prestemos más atención a algunos de los principales testigos teológicos de la gran tradición del pensamiento cristiano de lo que estamos acostumbrados a hacer. Y es que muchas de estas voces más antiguas —Atanasio con su reacción de choque contra el arrianismo, Agustín con sus Confesiones autobiográficas, Anselmo con su libro de oración meditativa— también escribieron como peregrinos que habían sido sorprendidos por la divinidad de Dios. Así que hay mucha compañía en el viaje que Barrett invita a los lectores a emprender. Pero lo más importante es iniciar el viaje. Lo que importa es unirse a la compañía de aquellos que están permanentemente sorprendidos por la pura divinidad del Dios que creíamos conocer.

Fred Sanders
Profesor de Teología
Torrey Honors Institute
Biola University

PREFACIO

LLENAR LA CASA

«Por mi parte, tiendo a encontrar los libros doctrinales a menudo más útiles que los libros devocionales, y sospecho que a muchos otros les espera la misma experiencia. Creo que muchos que encuentran que “no pasa nada” cuando se sientan o se arrodillan ante un libro devocional, descubrirán que el corazón canta sin proponérselo mientras se abre camino a través de una teología con una pipa entre los dientes y un lápiz en la mano».

C. S. LEWIS, «SOBRE A LECTURA DE LIBROS ANTIGUOS»

A menudo me he lamentado de que haya muy pocos libros sobre los atributos de Dios escritos para los miembros de la iglesia con un estilo claro y accesible, pero sin concesiones y riguroso. Mientras que las pilas de libros invitan al estudiante erudito a tomar y leer, el feligrés tiene pocas oportunidades de sumergirse de cabeza en las cosas profundas de Dios. Lamentablemente, recurre a la literatura devocional popular para alimentar un hambre espiritual que solo la teología puede satisfacer. ¿No es de extrañar que nuestras iglesias tengan un gran corazón para el ministerio, pero parezcan casi anémicas cuando se les pregunta por el gran Dios que decimos adorar?

Para empeorar las cosas, ese vacío lo llenan con demasiada avidez los teólogos liberales. Los dos últimos siglos han demostrado que la persona moderna y posmoderna se apresura a sustituir la alta visión de Dios

afirmada por figuras como Agustín, Anselmo y Aquino por un Dios que es como nosotros, un Dios que podemos domesticar. La parábola de los espíritus inmundos se aplica: cuando una generación expulsa la mala teología, pero no la reemplaza por otra que ocupe su lugar, el hogar de la teología cristiana queda vacío. Cuando ese mal espíritu de teología regresa y encuentra la casa vacía, trae con él otras siete teologías inmundas. El último estado es peor que el primero (Mt. 12:45). Tal es nuestra herencia.

PERO PUEDE CAMBIAR

Este libro está destinado a *llenar la casa* de buena teología propia, del tipo que mantendrá a los demonios alejados para siempre. Eso significa renunciar a la agenda del teólogo moderno de crear un Dios a nuestra imagen y semejanza, un Dios cuya inmanencia se ha tragado Su trascendencia, un Dios al que la criatura puede controlar porque no es tan diferente de ella. Pero también significa llenar la casa con una comprensión bíblica de Dios como alguien que es, como dijo Isaías, «alto y sublime» (Is. 6:1), cuyos atributos no se han domesticado. Él es el Dios que Jeremías confesó, diciendo:

No hay nadie como Tú, oh Señor. Grande eres Tú, y grande es Tu nombre en poderío. (Jer. 10:6)

No hay nada más grande que este Dios, no porque sea simplemente una versión mayor de nosotros mismos, sino porque no se parece en nada a nosotros. Solo un Creador que no se confunde con la criatura es capaz de descender a redimir a los que han estropeado Su imagen. Nuestra «situación habría sido seguramente desesperada», exclama Juan Calvino, «si la misma majestad de Dios no hubiera descendido hasta nosotros, ya que no estaba en nuestro poder ascender a Él».¹

¹ Calvino, *Institutes* 2.12.1.

PREFACIO

Con todo esto quiero decir que he escrito este libro no para los académicos (aunque espero que muchos estudiosos lo lean) sino para los feligreses, los pastores y aquellos estudiantes principiantes que aún no han tomado un libro que los lleve a la visión clásica de Dios. Sinceramente, espero que este libro se difunda entre el pueblo de Dios para que las iglesias del mañana se fortalezcan contra aquellos que puedan intentar astutamente llenar nuestra casa teológica con una teología propia ajena al Dios de Abraham, Isaac y Jacob.

Para ello, he tratado de escribir este libro de forma clara y accesible. He incluido un glosario al final del libro para ayudar a los lectores a entender los términos y conceptos a medida que voy desarrollando los argumentos. Creo firmemente en la simplicidad divina, por lo que el atributo tratado en un capítulo está siempre relacionado con los atributos de los demás capítulos. El glosario ayudará al lector con los términos y conceptos incluso antes de que se hayan tratado por completo en un capítulo.

Por supuesto, estoy muy agradecido con muchos. Debo agradecer a Brian Vos, que fue el primero en proponerme escribir un libro sobre los atributos de Dios para Baker Books. Admito que al principio no estaba seguro. Escribir un libro de nivel popular de una manera accesible y clara, pero sobre un tema tan intimidante como la doctrina de Dios, era un poco como tratar de escalar el Sinaí mientras temblaba y humeaba. Me he encontrado escondido en la hendidura de la roca con Moisés, buscando humildemente saber quién es Dios por medio de Sus poderosas obras y palabras, pero sin suponer tan arrogantemente que puedo ver la gloria de Su esencia. Mientras escribía este libro, R. C. Sproul partió para estar con el Señor. Brian me animó a seguir estudiando a Sproul, alguien tan dotado para articular la complejidad de la teología de una manera que el miembro de la iglesia pudiera aceptar.

También estoy en deuda con el agudo ojo editorial de James Korsmo, que ayudó a limar las asperezas para que los argumentos y la prosa

fueran lo más lúcidos posible. Quiero agradecer también a algunos de mis alumnos —Ronni Kurtz, Sam Parkison y Joseph Lanier— por haber leído el libro con anticipación.

Estoy especialmente agradecido a Jason Allen, presidente del Midwestern Baptist Theological Seminary, y a Jason Duesing, rector del MBTS, por su apoyo durante la transición de mi familia a Kansas City. No solo se aseguraron de que tuviera tiempo para escribir este libro, sino que su entusiasmo por que yo enseñara teología a los estudiantes me ha inspirado a superarme en el campo de la erudición para la iglesia. Es una alegría estar en su equipo.

Como siempre, mi esposa, Elizabeth, ha sido mi baluarte. Lo que Katie fue para Lutero, Elizabeth lo es para mí. Mientras construye un hogar lleno de alegría y felicidad, no se cansa de las conversaciones teológicas. A veces me cuesta imitar la humildad de Cristo, pero esa humildad caracteriza el espíritu de Elizabeth a diario. Ella ama genuinamente a los demás como los ama Cristo, y nadie lo sabe más personalmente que sus hijos.

Dedico este libro a mi hija, Georgia. Es de espíritu apacible. Cuando ella habla, yo escucho. Su dulzura debe haber venido de su Padre celestial. Ruego que este libro te muestre algo de Su belleza, para que te acerques cada vez más a Su Hijo por Su Espíritu.

Matthew Barrett
Kansas City, 2018

INTRODUCCIÓN

SORPRENDIDO POR DIOS

«Te has vestido de esplendor y de majestad».

Salmos 104:1

«El Dios trascendente, majestuoso y asombroso de Lutero y Calvino... ha sufrido un ablandamiento de su carácter».

Marsha Witten, *All Is Forgiven*

«Aslan es un león, —el León, el gran León».

«¡Ooh!» dijo Susan. «Pensé que era un hombre. ¿Es él— bastante seguro? Me sentiré bastante nerviosa al encontrarme con un león...» «¿Seguro?» dijo el señor Beaver... «¿Quién habló de seguridad? Claro que no es seguro. Pero es bueno. Es el Rey, les aseguro». C. S.

Lewis, *The Lion, the Witch and the Wardrobe*

UN DESPERTAR

Me enamoré dos veces cuando estaba en la universidad. La primera vez que me enamoré fue cuando conocí a mi esposa, Elizabeth, en mi primer

año de estudiante, afuera de la cafetería, en el soleado Los Ángeles. Es difícil de creer, pero ya llevamos trece años casados, y sin embargo recuerdo el día que nos conocimos como si fuera ayer.

Todo sucedió al revés. El día de San Valentín se acercaba demasiado rápido, y ella le había prometido a su compañera de cuarto que le encontraría una cita... y rápido. Como la mayoría de los estudiantes de primer año, no tenía ni idea, pero aparentemente Elizabeth había decidido que esa cita era yo. Como me contaron mis amigos más tarde, durante las dos semanas siguientes me acosó asegurándose de que era una buena compañera de cuarto. Finalmente, un día se atrevió a presentarse a mí por primera vez. Acababa de salir de la cafetería y me sorprendió el repentino «hola» de una chica de primer año terriblemente bonita. Durante la siguiente hora hablamos, pero ella había decidido que yo no era bueno para su compañera de cuarto después de todo. Por el contrario, ¡yo era el más adecuado para ella! En resumen, su compañera de cuarto tuvo que conseguir otra cita, y yo me presenté con flores en la puerta de Elizabeth ese día de San Valentín.

Ese mismo año, sin embargo, me enamoré por segunda vez. No, no fue de otra chica. Fue con un libro, por más nerd que suene. Como nueva estudiante en una universidad cristiana, Elizabeth estaba disfrutando de sus clases de teología. Un día me preguntó si yo había leído alguno de los libros que ella estaba leyendo. Avergonzado, murmuré que no. Ahí estaba la chica a la que quería impresionar y, por lo visto, sabía más de teología que yo. Sin ser consciente de mi humillación, Elizabeth comenzó a contarme lo mucho que había aprendido sobre la doctrina de la gracia, por ejemplo, y cómo estaba luchando con las grandes cuestiones que rodean la fe cristiana, como el misterio entre la soberanía divina y el libre albedrío y el problema del mal.

Se despertó mi curiosidad

Unos días más tarde, me topé con un ejemplar maltrecho y abandonado de la *Institución de la religión cristiana* de Juan Calvino fuera de la

cafetería de la escuela. Durante los siguientes días no pude dormir. No podía despegarme de él. Nunca había leído nada parecido. Claro, yo había crecido en un hogar cristiano. Y sí, había ido a la iglesia cada semana para escuchar la enseñanza de la Biblia. Incluso había leído muchos libros cristianos siendo un joven creyente. Pero este libro era diferente. ¿Por qué?

Calvino expuso la majestad de Dios con una claridad y una profundidad admirables. Con los ojos recién abiertos, ya no estaba «estudiando» a Dios, como a veces sugiere la etiqueta «teología». No, me encontraba con el Dios *vivo*. Ese semestre me había embarcado en una misión para *conocer* a Dios mismo como nunca lo había conocido. Puede que hubiera leído la Biblia durante años y hubiera sido un cristiano devoto, pero ahora una ventana —una puerta, en realidad— se abrió de par en par para que pudiera contemplar la gloria de Dios como nunca.

Ese año, cuanto más aprendía sobre Dios, más tenía que admitir lo pequeño e insignificante que era yo al lado de este gran Dios. Mientras la cultura me decía que Dios era solo una versión más grande y mejor de nosotros mismos, el Dios que estaba descubriendo no se parecía en nada a los humanos. Como nunca antes, me identifiqué con la confesión de Calvino: «El hombre nunca está suficientemente conmovido y afectado por la conciencia de su estado de bajeza hasta que se compara con la majestuosidad de Dios».¹ Al igual que Job, cuanto más comprendía «la sabiduría de Dios, su poder y pureza», más abrumado me sentía, especialmente a la luz de mi propia «necedad, impotencia y corrupción».² Una vez que estuve absorto ante la majestuosidad de Dios, Su gloria infinita, Su supremacía y Su perfección brillaron de repente, como los cálidos rayos del sol después de un invierno despiadado y helado. El brillo de Su divinidad me había cegado, pero, irónicamente, ahora podía ver Su belleza mejor que antes.

¹ Calvino, *Institutes* I.I.3.

² Ibid.

No me imaginaba que ese verano, durante un memorable viaje de campamento, experimentaría un nuevo despertar a la gloria de Dios.

UN NUEVO DESPERTAR

Acampar es realmente la aventura familiar por excelencia. Dormir al aire libre bajo la mirada de las estrellas. Asar malvaviscos y contar historias de fantasmas por la noche junto a un fuego chispeante. Atrapar esa llobiña gigante con solo un gusano en el anzuelo. El campamento es el lugar donde se crean los recuerdos.

Solo que, según mi experiencia, acampar puede ser una pesadilla total. Recuerdo la primera vez que mi esposa y yo fuimos a acampar varios años después de habernos casado. Los mosquitos habían decidido celebrar su reunión familiar en nuestro campamento. La primera mañana, nos levantamos preparados para un buen desayuno, pero nos dimos cuenta de que habíamos olvidado los panqueques, el jarabe, los huevos y el tocino. Y entonces llegó el calor. Hacía tanto calor que no podía dormir. Al parecer, nuestra hija de un año estuvo de acuerdo y decidió hacerle saber a todo el campamento que era una campista infeliz, descontenta con la decisión de mamá y papá de dejar las comodidades del hogar (especialmente el aire acondicionado). A las 3:00 a.m., no pudimos aguantar más. Lo metimos todo en la cajuela del automóvil y volvimos a casa.

A pesar de mi reciente historial de desastres en campamentos, tengo buenos recuerdos de cuando era niño y viajaba de un lugar a otro en nuestra vieja camioneta. Disfruto de la tranquilidad de un lago por la mañana o la suave brisa en la cima de una montaña después de una dura caminata, y hay pocos momentos más apropiados que este para reflexionar sobre el carácter de Dios.

Después de salir de casa e ir a la universidad, intenté mantener la tradición de acampar. Ese primer verano, me invitaron a reunirme con mis futuros suegros, y fue memorable: tostadas francesas por las mañanas, seguidas de esquí acuático por las tardes. Lo creas o no, eso no fue lo

mejor del viaje, por mucho que me gustara el jarabe de maple y esquiar a veinte millas por hora con el viento en la cara. El punto culminante llegó una tranquila mañana en la que me había levantado mucho antes que los demás. Me acababan de regalar un ejemplar de las *Confesiones* de San Agustín. Era un pequeño libro de bolsillo que se me había caído sin querer en el plato de agua de un perro el día anterior. El libro estaba hinchado como un pez globo, así que estuve a punto de tirarlo. Por alguna razón lo guardé, y esa mañana de rocío me senté bajo la luz del amanecer para darle una oportunidad a Agustín. Mi vida nunca sería la misma.

AGUSTÍN

Agustín de Hipona (354-430) estaba impregnado de la filosofía maniqueísta como incrédulo, y la conciencia agitada de este norteafricano estaba inquieta hasta que descubrió que solo el cristianismo podía responder a las preguntas que luchaba por desentrañar. Se puede leer sobre su conversión en sus *Confesiones*, quizás la autobiografía cristiana más famosa de la historia, aunque atípica entre las biografías, basada en oraciones teológicas que dicen mucho sobre el carácter de la persona de Dios. Agustín se vería envuelto en controversias a lo largo de su carrera. Contra los pelagianos, por ejemplo, Agustín defendió la doctrina del pecado original, demostrando que la depravación inherente de la humanidad necesita una gracia que conceda poderosa y eficazmente a los humanos una nueva vida espiritual, lo que da como resultado la conversión. Frente a los arrianos de Occidente, Agustín defendió la plena deidad de Cristo, y llegó a formular una doctrina de la Trinidad que todavía se discute y se debate hoy en día. Para nuestro propósito, lo que importa son las reflexiones de Agustín sobre el siempre delicado equilibrio entre la trascendencia y la inmanencia divinas.

He aquí un hombre que tuvo profundas luchas con el pecado, combatiendo su carne hasta que finalmente entregó su vida a Dios y confió en Cristo. Agustín un día miraría hacia atrás y volvería a contar la historia de su conversión. Pero *las Confesiones* no son una mera autobiografía; son un rico retrato de Dios, que se presenta en forma de innumerables

oraciones. Mientras disfrutaba de la belleza del azul marino del lago, me encontré de repente con una oración que me abrió los ojos a una belleza divina que nunca había visto antes:

Altísimo, buenísimo, poderosísimo, omnipotente, misericordiosísimo y justísimo, profundamente oculto pero íntimamente presente, perfecto en belleza y fuerza, estable e incomprensible, inmutable y sin embargo cambiante de todas las cosas, nunca nuevo, nunca viejo, haciendo todo nuevo y «llevando» a los orgullosos «a ser viejos sin que lo sepan» (Job 9:5, Versión latina antigua); siempre activo, siempre en reposo, reuniéndose a sí mismo pero sin necesidad, apoyando y llenando y rotando, creando y nutriendo y llevando a la madurez, buscando aunque a ti no te falte nada: amas sin consumirte, eres celoso de una manera libre de ansiedad, te «arrepientes» (Gn. 6:6) sin el dolor del arrepentimiento, tú eres iracundo y te mantienes tranquilo. Harás un cambio sin ningún cambio en tu diseño. Recuperas lo que encuentras, pero nunca lo has perdido. Nunca tienes necesidad, te alegras de tus ganancias (Lc. 15:7); nunca eres avaro, pero exiges intereses (Mt. 25:27). Te pagamos más de lo que exiges para hacerte deudor nuestro, pero ¿quién tiene algo que no te pertenezca? (1 Co. 4:7). Pagas las deudas, aunque no le debes nada a nadie; pagas deudas y no incurres en ninguna pérdida. Pero en estas palabras ¿qué he dicho, mi Dios, mi vida, mi santa dulzura? ¿Qué ha conseguido alguien en palabras cuando habla de ti? Sin embargo, ay de los que callan

INTRODUCCIÓN

sobre ti porque, aunque son locuaces con la verborrea, no tienen nada que decir.³

Diferenciando cuidadosamente entre el Creador y la criatura, Agustín es como un acróbata caminando por la cuerda floja.⁴ Sí, Dios es inmanente («íntimamente presente»), pero sigue siendo trascendente e incomprensible («profundamente oculto»). Sí, realiza cambios en el mundo («cambiando todas las cosas»), pero nunca cambia en sí mismo («inmutable»). Sí, crea y renueva, pero Él mismo es intemporalmente eterno («nunca nuevo, nunca viejo»). Sí, nutre a otros, pero nunca necesita ser alimentado. Sí, lleva al mundo a la madurez, pero nunca madura, ni necesita alcanzar Su potencial ni ser activado; es máximamente vivo, acto puro («siempre activo»), que nunca cambia («inmutable»). Sí, ama, pero permanece siempre imposible («amas sin consumirte»). Sí, es celoso, pero Su celo, a diferencia del de los humanos, nunca es desesperado ni impotente (estando «libre de ansiedad»). Sí, vierte Su juicio sobre los malvados, pero nunca como un Dios caprichoso («[tú] permaneces tranquilo»); Su juicio siempre se mide por Su justicia. Y sí, redime, pagando nuestra deuda, pero solo porque no tiene deuda con nadie, siendo un Dios de absoluta aseidad («no debe nada a nadie»).

Hay una premisa fundamental, que no se afirma explícitamente, pero que se entreteje silenciosamente en la oración de Agustín: *los atributos cantan en armonía*. Aunque la simplicidad —la creencia de que Dios no está formado por partes, sino que es Sus atributos (véase el capítulo 5 y el glosario)— no se menciona nunca en la oración de Agustín, está presente en toda ella. Agustín no solo equilibra a Dios en sí mismo con la forma en que Dios se relaciona con su creación, sino que nunca separa un atributo de otro; cree que cada uno ilumina al otro. En tal iluminación, damos un paso atrás y nos maravillamos ante la perfección de la

³ Agustín, *Confessions* 1.4 (4) (pp. 4–5). Cf. Charnock, *Existence and Attributes of God*, 1:200.

⁴ Agustín se expresa de manera similar en otro lugar: véase Agustín, *Trinity* 5.2.

esencia única e indivisa de Dios. «Desde Sión, perfección de hermosura, Dios ha resplandecido» (Sal. 50:2).

Después de leer una y otra vez la oración de Agustín, dejé el abultado libro, miré el apacible horizonte y me sentí perplejo. ¿Por qué no había conocido antes a *este* Dios? Era tan... grande, mucho más grande de lo que me habían enseñado. Por supuesto, conocía lo básico: Dios es el Creador. Dios es el Señor. Dios es amor. Pero nunca había pensado en las perfecciones de Dios como lo hizo Agustín. A decir verdad, algunas de ellas nunca las había considerado antes. También una parte de mí se sintió frustrada. ¿Cómo podía haber sido cristiano tanto tiempo, haber estudiado la Biblia durante tantos años y haber ido a la iglesia con tanta regularidad, y sin embargo nunca haber oído hablar de atributos como la simplicidad, la aseidad, la impasibilidad y otros? Sin embargo, al mismo tiempo me invadió la alegría. Con Agustín a mi lado, releí las Escrituras y vi estos atributos en cada página de la Biblia. ¿Cómo pude no verlos antes? Estaban por todas partes. Aunque conocía a Dios desde hacía años, en ese momento me tomó completamente desprevenido. Dios me sorprendió.

En los meses siguientes, volví una y otra vez a la oración de Agustín. Solo que, al hacerlo, había una frase de la que no podía escapar: Dios es, observa Agustín, «la perfección tanto de la belleza como de la fuerza». Es la palabra «perfección» la que me obsesiona especialmente. ¿Qué significaba? ¿Y por qué la usaría Agustín para referirse a los múltiples atributos de Dios?

En los años siguientes, esa obsesión se haría más fuerte.

PERSEGUIDO POR EL SER PERFECTO

Tardé en admitirlo, pero haber sido sorprendido por Dios de esta manera significaba que mi vida tenía que cambiar. Tomé casi todas las clases de teología que pude cuando regresé de ese inolvidable viaje de campa-

mento. Tenía que saber más sobre este Dios que Agustín describió, especialmente esa palabra «perfección».

En los años siguientes, el humo comenzó a disiparse, hasta que finalmente todo comenzó a tener sentido. Pero esta vez no fue Agustín quien me abrió los ojos; fue Anselmo. Si Agustín fue mi primer despertar a este Dios, Anselmo fue mi segundo. Había leído un puñado de libros populares, libros cristianos contemporáneos sobre Dios, pero ninguno de ellos se tomó a Dios tan en serio como Anselmo. Hizo preguntas que nadie más se hacía. La pregunta central era esta: ¿Es Dios el ser más perfecto? Ahí estaba, esa palabra de nuevo: «perfecto». Anselmo tenía una manera de llegar a este concepto de perfección preguntando si Dios es aquel del que no se puede concebir ninguno más grande.⁵ Si lo es, entonces debe ser el ser más perfecto concebible. Y si es el ser más perfecto que se puede concebir, entonces tienen que seguirle ciertos atributos de perfección —o perfecciones—, perfecciones como la infinitud (cap. 3), la aseidad (cap. 4), la simplicidad (cap. 5), la inmutabilidad (cap. 6), la impasibilidad (cap. 7) y la eternidad intemporal (cap. 8), perfecciones que protegen a Dios de las limitaciones, perfecciones que le aseguran ser el ser más perfecto, supremo y glorioso.

Eso lo explica todo. La razón por la que no había entrado en contacto con el tipo de atributos que Agustín había descrito era que nadie me había presentado a Dios como el ser *perfecto*, aquel del que no se puede concebir ninguno más grande. Al reflexionar sobre mi propio viaje, era obvio que a Dios siempre se lo había presentado en las conversaciones de una manera *muy experiencial*: el amor es una experiencia humana común, por lo que Dios debe ser un Dios de amor; la misericordia es una virtud encomiable, por lo que Dios debe ser un Dios de misericordia; y así sucesivamente. El pensamiento sobre Dios siempre fue de abajo hacia arriba, es decir, desde mi experiencia hasta quién es Dios. Pero

⁵ Anselmo, *Proslogion* 2 (*Major Works*, 87).

con la ayuda de Agustín y Anselmo, ese enfoque parecía ahora peligroso, siempre coqueteando con la posibilidad de crear un Dios a nuestra propia imagen, siempre definiendo los atributos de Dios según nuestras propias limitaciones.

ANSELMO

Italiano de nacimiento, Anselmo (1033-1109) vivió sus primeros años como incrédulo, siguiendo el ejemplo de su padre, aunque su madre era seguidora de Cristo. Cuando se convirtió, Anselmo hizo un voto monástico y finalmente viajó a Inglaterra, donde fue nombrado arzobispo de Canterbury. A lo largo de su carrera, Anselmo escribió algunas de las más importantes obras de teología, como *Cur Deus Homo* (Por qué Dios se hizo hombre). Para nuestros propósitos, el *Monologion* y el *Proslogion* de Anselmo son especialmente relevantes. Este último es su famoso argumento sobre la existencia de Dios. Lo más inspirador es la creencia de Anselmo de que Dios es «algo-que-nada-mayor-puede-ser-pensado».⁶ Lo que muchos no recuerdan es que el argumento de Anselmo a favor de la existencia de Dios fue solo una parte de su contribución. A partir de esa premisa básica en latín —*id quo maius cogitari nequit*, o «aquello por lo que es imposible pensar en algo más grande»⁷— Anselmo demostró, mediante el rigor lógico, que ciertos atributos *se siguen* necesariamente. Aunque pensadores posteriores, algunos tan colosales como Tomás de Aquino, discreparon del argumento ontológico de Anselmo, también ellos vieron una cadena irrompible desde la perfección de Dios hasta el resto de sus atributos. Nuestro tratamiento de los atributos divinos será deudor de Anselmo, y nuestra actitud a lo largo de este libro será la de Anselmo, de humildad ante el Santo e Infinito. Será una actitud de fe que busca la comprensión. Como oraba Anselmo cerca del comienzo de su *Proslogion*: «No intento, Señor, alcanzar tus elevadas alturas, porque mi entendimiento no está a la altura. Pero sí deseo comprender Tu verdad un poco, esa verdad que mi corazón cree y ama. Porque no busco entender para creer, sino que creo para entender».⁸

6 Anselmo, *Proslogion* 2 (*Major Works*, 87).

7 Ibid.; la traducción es de Hart, *Experience of God*, 117.

8 Anselmo, *Proslogion* 1 (*Major Works*, 87).

Lo que era tan diferente en el Dios de Agustín y Anselmo fue que primero pensaron en Dios como alguien que no es como nosotros. Ellos empezaron por arriba (Dios) y luego bajaron (a la humanidad). Pasaron del Creador a la criatura. Y este enfoque parecía mucho más acorde con la forma en que los autores bíblicos se acercaban a Dios. Como dice David: «Porque en Ti está la fuente de la vida; En Tu luz vemos la luz» (Sal. 36:9).

Ser sorprendido por Dios cambió por completo mi perspectiva y mi enfoque de Dios, y para bien. Tengo la esperanza de que tú también te sorprendas con Dios.

UNA CONVICCIÓN FUNDAMENTAL

Este es un libro sobre los atributos de Dios. Pero probablemente es diferente a cualquier libro que hayas leído antes sobre los atributos de Dios. La mayoría de los libros sobre el tema abordan un atributo y luego otro y luego otro. Pero no está claro cómo estos atributos se relacionan entre sí y si todos se derivan de una creencia fundamental sobre Dios.

Este libro es diferente. No solo creo que todos y cada uno de los atributos son clave para todos y cada uno de los otros atributos de Dios, sino que estoy convencido de que solo podemos entender los atributos de Dios en toda su gloria si tales atributos se originan en una convicción central: *Dios es aquel del que no se puede concebir ninguno más grande.*

Hoy en día, curiosamente, esa convicción central se limita a la apolo-gética, en concreto a los argumentos a favor de la existencia de Dios. Anselmo pretendía que fuera mucho más, una convicción que establece una trayectoria para la forma de entender los atributos de Dios.⁹ Teniendo en cuenta esta convicción central, los capítulos de este libro giran en torno a esta pregunta central: ¿Qué debe ser cierto de Dios si es el ser

⁹ Hogg («Anselmo de Canterbury», 17) ha señalado que «la naturaleza y el ser de Dios no eran cualidades separables» para Anselmo. «Probar que Dios existía significaba que uno podía establecer simultáneamente la naturaleza de Dios (cómo es Dios)».

más perfecto?¹⁰ Si Dios es alguien que no puede concebirse como algo más grande, entonces deben *seguirse* ciertas perfecciones que lo hacen grande. Sus perfecciones solo son verdaderas perfecciones si son perfecciones grandiosas.

Identificar esas grandes perfecciones es nuestra misión principal. Pero si tu experiencia es como la mía, entonces te verás sorprendido por Dios también, conmocionado al descubrir atributos centrales de quién es Dios y de los que nunca se habla a las puertas de la iglesia.

RAÍCES ANTIGUAS: EL DIOS NO DOMESTICADO DE NUESTROS PADRES

Muchas de las grandes perfecciones que Agustín mencionó más arriba son terriblemente impopulares en nuestros días. El pensamiento cristiano moderno y contemporáneo las ha despreciado o las ha dejado de lado, prefiriendo un Dios que es *como nosotros* y no distinto de nosotros y por encima de nosotros. Como resultado, Dios ha sido domesticado. Sin embargo, los más grandes pensadores de la historia de la Iglesia afirmaron estos atributos, los entendieron como arraigados en la propia Escritura y creían que, a menos que estos caractericen a Dios, Dios no puede ser el ser más perfecto, al que le debemos toda la gloria, honor y alabanza.

Esto es una buena y una mala noticia. Es una mala noticia porque significa que tendremos que embarcarnos en una búsqueda que la mayoría de las personas hoy en día no están haciendo. El camino que tenemos por delante no ha sido pavimentado en mucho tiempo; despejar la maleza será parte del trabajo. Es una buena noticia porque, aunque pocos contemporáneos nos acompañen, el viaje es antiguo. Al igual que el árbol de nogal de mi patio delantero, este libro tiene raíces profundas y amplias.

¹⁰ Naturalmente, responder a esa pregunta nos llevará a responder a otra: ¿Cómo debe ser Dios para hacer las cosas que la Biblia dice que hace?

Si alguna vez has leído la famosa alegoría de John Bunyan, *El progreso del peregrino*, entonces sabes que elegir a los amigos adecuados para viajar puede marcar la diferencia entre llegar a la ciudad celestial o no. Los amigos pueden corrompernos, o pueden llevarnos a casa. A lo largo de los años he hecho un puñado de amigos que pueden llevarnos por el camino correcto para conocer a Dios. No son perfectos, ni mucho menos, pero han resistido la prueba del tiempo, demostrando ser fieles a la revelación que Dios ha dado en las Escrituras. No solo son fieles, sino también perspicaces. ¿No pasa lo mismo con los viejos amigos? Ellos tienden a hacer preguntas que los de nuestra época descuidan.

Entonces, ¿quiénes son estos viejos amigos que nos mostrarán el camino a seguir cuando las oscuras tormentas nos impidan verlo? Se presentarán a lo largo del camino, pero me gusta llamarlos el equipo A: Agustín, Anselmo y Aquino. Añadiremos otros «grandes» a este equipo: puritanos como Stephen Charnock y teólogos holandeses como Herman Bavinck. Pero todos esos amigos adicionales tienden a depender de este equipo A. Su imagen de Dios se ha denominado a veces «teísmo clásico». Llámalo como quieras; yo estoy persuadido —y espero que tú también lo estés al final de este libro— de que el Dios del teísmo clásico es simplemente el Dios de la Biblia.

Invitaremos al equipo A a hablar con nosotros y escucharemos cómo nos advierten de las zanjas que hay al lado de la carretera y nos informan de los jardines ocultos que podemos disfrutar mientras nos refrescamos. A veces, nuestros amigos incluso hablarán entre ellos, complementándose y reforzándose mutuamente. El objetivo (su objetivo) no es simplemente ayudarnos a ver el camino, sino llevarnos a casa, de vuelta a Aquel que es el ser más perfecto. Es una búsqueda que cada uno de ellos ha emprendido, y los escritos que nos dejaron fueron redactados para guiar a peregrinos como tú y yo.

Viajar con amigos siempre es un riesgo. ¿Nos ayudarán a perseverar por el camino difícil, el que lleva a la vida, o nos llevarán por el camino

fácil, el que conduce a la perdición (Mt. 7:13-14)? El riesgo que conlleva nos recuerda que cualquier amigo vale tanto como su fidelidad a las Escrituras, nuestra última y única autoridad infalible, porque allí escuchamos la voz del único, verdadero y vivo Dios. Nuestros amigos del pasado añadirán sus voces de apoyo o de advertencia a lo largo de este libro, pero la voz definitiva que hay que escuchar es la de Dios mismo. De principio a fin, por lo tanto, las Escrituras tendrán un lugar privilegiado y orientarán cada paso. «Lámpara es a mis pies Tu palabra, Y luz para mi camino» (Sal. 119:105). Nuestras raíces serán tan antiguas como Moisés, Isaías, Jesús y Pablo.

LA TRINIDAD Y LOS ATRIBUTOS

Antes de comenzar nuestro peregrinaje hay que decir una última palabra introductoria. Este es un libro sobre los atributos de Dios, no uno sobre la Trinidad. Incorporar algo más que una comprensión superficial de la Trinidad (lo que suele ser necesario, ya que la Trinidad es uno de los misterios más profundos de la fe) nos llevaría más allá de los parámetros de este libro y exigiría otro libro aparte.

Sin embargo, creo firmemente que los atributos y la Trinidad no están desvinculados. El Dios cuyos atributos estamos describiendo no es otro que el Dios Trino. Dicho esto, en puntos clave del libro, conectaremos inevitablemente nuestro tratamiento de los atributos con las tres personas de la Divinidad, porque las tres personas comparten plena y verdaderamente la esencia única e indivisa, y, como aprenderemos en nuestro capítulo sobre la simplicidad, los atributos son idénticos a la esencia de Dios.

Así que, aunque no podemos permitirnos un tratamiento completo de la Trinidad (por muy tentador que sea), el Dios Trino será la base de todo lo que digamos.

DE LA TEOLOGÍA A LA DOXOLOGÍA

A. W. Tozer dijo una vez: «Lo que nos viene a la mente cuando pensamos en Dios es lo más importante de nosotros».¹¹ Si Tozer tiene razón, conocer a Dios, tal y como se ha dado a conocer, está en el centro mismo de nuestra identidad. Todos y cada uno de nosotros fuimos creados a imagen y semejanza de Dios y, como le gustaba decir a Juan Calvino, tenemos un sentido de la divinidad en nuestro interior. Desde este punto de vista, la vida cristiana es realmente una búsqueda de la verdad sobre Dios, una peregrinación que debe llevarnos a un encuentro personal con el Dios vivo. Naturalmente tenemos un deseo, incluso un hambre, de comprender mejor a Dios, de saber qué esperar de Él y de conformar nuestros pensamientos a su voluntad. Como oró Agustín: «Nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti».¹²

En nuestro peregrinaje juntos, volveremos a las Escrituras para entender quién es Dios. El Dios de la Biblia es un Dios que no se calla. Ha hablado y nos ha dicho cómo es. Al hacerlo, el Creador y Señor del universo nos ha invitado a conocerlo y a disfrutar de Él para siempre. Nuestro objetivo no es irnos con un mero conocimiento; más bien, este conocimiento de Dios está destinado a conducirnos a la adoración. Contrariamente a las caricaturas populares, la doctrina siempre debe conducir a la doxología, y en ningún caso lo es más que cuando estudiamos la *doctrina de Dios*. Como dice Paul Helm: «La metafísica en la tradición teológica cristiana» —el estudio del ser o esencia de Dios— «no es más que un preludio de la adoración».¹³ Nuestro objetivo, en última instancia, es conocer las perfecciones de Dios y, al hacerlo, aprender lo que significa conocer realmente a Dios de una manera salvífica. Solo entonces se encenderá nuestro afecto por Dios, como dice Agustín.

¹¹ Tozer, *Knowledge of the Holy*, 9.

¹² Agustín, *Confessions* 1.1 (1) (p. 3).

¹³ Helm, *Eternal God*, 195.

Pero debo advertirte desde el principio: no me interesará hacerte perder el tiempo con un Dios manso y domesticado, un Dios cuya divinidad está humanizada. Ese puede ser el Dios de la cultura popular, pero no es el Dios de la Biblia. El Dios de la revelación bíblica es el Dios que vio Isaías, el que está en un trono alto y sublime (Is. 6:1), que posee toda la autoridad en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18) y que al mismo tiempo está con nosotros y para nosotros como nuestro Salvador (Mt. 1:21-23).

Que comience la peregrinación.

1

¿PODEMOS CONOCER LA ESENCIA DE DIOS?

INCOMPREENSIBILIDAD

«La cual manifestará a su debido tiempo el bienaventurado y único Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores; el único que tiene inmortalidad y habita en luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A Él sea la honra y el dominio eterno. Amén».

1 Timoteo 6:15-16

«En verdad, Señor, esta es la luz inaccesible en la que habitas. Pues verdaderamente no hay nada que pueda atravesarla para que pueda descubrirte allí. En verdad yo no veo esta luz, pues es demasiado para mí; y, sin embargo, todo lo que veo, lo veo a través de ella, como un ojo que es débil ve lo que ve por la luz del sol que no puede mirar al sol mismo... Oh luz suprema e inaccesible».

ANSELMO, *PROSLOGION*

Debe haber estado petrificado.

Probablemente en posición fetal, se acurrucó detrás de una roca. Con las rodillas temblando, las palmas sudorosas y la garganta seca, se preparó para ver lo que nadie se había atrevido a ver antes.

Debió preguntarse si viviría para contárselo a los demás. Tal vez no. Nadie le creería, aunque lo hiciera.

El hombre que se escondía detrás de la roca era Moisés. Y estaba a punto de ver la espalda de Dios.

¿Cómo puede ser esto? Porque, como Moisés sabía muy bien, Dios es incomprensible; nadie puede conocer —o ver— la esencia misma de Dios y vivir.

CARA A CARA CON EL TODOPODEROSO

Si había alguien que tuviera el oído de Dios, que pudiera sentarse en el consejo íntimo de Dios, que pudiera pedir a Dios en nombre de Su pueblo, alguien que pudiera atreverse a entrar en el consejo más íntimo del Dios Trino, era Moisés, el líder y mediador elegido por Dios. Pocos profetas, reyes o sacerdotes contaron con la atención de Dios como Moisés.

Después de liberar a Israel de Egipto, Moisés lleva al pueblo al monte Sinaí. Es allí donde Dios se reunirá a solas con Moisés para entregarle las tablas de piedra, la ley por la que Israel va a vivir. Trágicamente, Israel comete el más horrible de los pecados: la idolatría. El pueblo crea un becerro de oro y se inclina en adoración, diciendo que este es el dios que los ha liberado de Egipto (Éx. 32). Moisés tiene que interceder por ellos: «Ustedes han cometido un gran pecado, y ahora yo voy a subir al Señor. Quizá pueda hacer expiación por su pecado» (32:30).

Cuando se le dice a Moisés que vaya y lleve al pueblo a la tierra que Dios juró a Abraham, Isaac y Jacob, Dios sigue prometiendo expulsar de la tierra a los enemigos de Israel. Pero hay un problema: Dios ya no irá con Israel, debido a su pecado. «*Sube* a una tierra que mana leche y

miel. Pues Yo no subiré en medio de ti, *oh Israel*, no sea que te destruya en el camino, porque eres un pueblo terco» (33:3). Cuando el pueblo oyó «esta mala noticia», hizo duelo (33:4), pero Moisés intercede una vez más. A solas con Moisés, el Señor habla «cara a cara, como habla un hombre con su amigo» (33:11). Estas conversaciones «cara a cara» tienen lugar en la tienda de reunión mientras la columna de nube —que representa la presencia de Dios— desciende sobre la tienda.

POR FAVOR, MUÉSTRAME TU GLORIA

En un encuentro, Moisés expresa sus reservas ante la idea de entrar en la tierra sin el Señor. Entonces Moisés le dijo: «Si Tu presencia no va *con nosotros*, no nos hagas salir de aquí. ¿Pues en qué se conocerá que he hallado gracia ante Tus ojos, yo y Tu pueblo? ¿No es acaso en que Tú vayas con nosotros, para que nosotros, yo y Tu pueblo, nos distingamos de todos los *demás* pueblos que están sobre la superficie de la tierra?» (Éx. 33:15–16, énfasis añadido). Después de escuchar a Moisés, el Señor acepta ir con el pueblo, pero deja muy claro que es porque Moisés ha «hallado gracia» ante Sus «ojos» (33:17). Moisés es el único a quien el Señor conoce «por su nombre» (33:17). La relación de Moisés con el Señor es más personal e íntima que la de cualquier otro israelita. Si alguien conoce al Señor, ese es Moisés.

Y, sin embargo, ni siquiera Moisés puede experimentar la esencia misma de Dios. Tal vez sea porque Moisés habla «cara a cara» con el Señor tan a menudo que luego se atreve a pedir lo inimaginable: «Te ruego que me muestres Tu gloria» (33:18). ¿La gloria de Dios? ¿En serio? ¿Cómo puede Moisés ser tan osado? ¿Cómo puede pensar que ver la gloria de Dios es humanamente posible? ¿No sabe a quién se dirige?

A su favor, Moisés es el mediador en el pacto con Israel. A la luz de la catástrofe del capítulo 32 (es decir, la idolatría de Israel), Moisés está desesperado por ver que la presencia de Dios continúe con su pueblo dentro de la tierra, no sea que sean destruidos. Tal vez Moisés también

desea confirmación.¹ Previamente, Dios había confirmado su pacto manifestando Su presencia con Moisés: «La gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí» por medio de una nube, y el Señor habló a Moisés «en medio de la nube» (24:16). La gloria del Señor también apareció en forma de «fuego consumidor sobre la cumbre del monte» para que todo Israel lo viera (24:17). Se podría pensar que Moisés simplemente pide que se repita la experiencia. Sin embargo, Moisés parece estar pidiendo algo que va mucho más allá de lo que ha experimentado antes.

La respuesta que Moisés recibe es notable. Por un lado, es imposible que Moisés vea la gloria misma de Dios. «No puedes ver Mi rostro; porque nadie me puede ver, y vivir» (33:20). De esta afirmación se puede deducir que nadie puede conocer ni ver la esencia misma de Dios. Es tan glorioso, y Su gloria tan infinita, que nos consumiría. Es como el sol. Si miramos al sol de frente, se nos quemarán los ojos y perderemos la vista. Si nos atreviéramos a acercarnos al sol, nos desintegraríamos antes de poner un pie en su superficie. La forma correcta de conocer el sol es a través de sus efectos. Sus rayos nos calientan, y nos dan luz donde hay oscuridad. ¿Pero ver el sol? De ninguna manera. Imposible.

Por otro lado, Dios ha prometido ir con Su pueblo, en vez de simplemente enviar a su ángel. Por eso es fundamental que la presencia de Dios se manifieste a Moisés, el mediador de Israel, aunque no sea directamente. Entonces el Señor anuncia su plan: «Yo haré pasar toda Mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti. Tendré misericordia del que tendré misericordia, y tendré compasión de quien tendré compasión» (33:19). Moisés no puede ver el «rostro» del Señor y vivir, así que el Señor esconderá a Moisés detrás de una roca al pasar. «Hay un lugar junto a Mí, y tú estarás sobre la peña; y sucederá que al pasar Mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con

¹ Cf. los comentarios de Kenneth L. Harris en la *ESV Study Bible* sobre estos versículos.

Mi mano hasta que Yo haya pasado. Después apartaré Mi mano y verás Mis espaldas; pero Mi rostro no se verá» (33:21-23).

Sabemos por otras partes de la Escritura que Dios no tiene cuerpo, sino que es espíritu (Dt. 4:12, 15-16; Jn. 4:24). El lenguaje es antropomórfico: emplea rasgos humanos (manos, espalda, rostro) para describir el modo en que la presencia y la gloria del Inmortal se perciben ante los ojos de un mortal, como Moisés. El lenguaje es protector: resguarda a Moisés de la gloria de Dios, y la gloria de Dios de Moisés. Que a Moisés se le permita incluso esconderse en una roca cercana es un privilegio. Sin embargo, a Moisés se le da más. Puede que no se le permita ver el rostro del Señor, pero puede ver su espalda. A Moisés se le permite esconderse en la roca, pero es Dios quien se esconde de Moisés. Solo verá la espalda del Señor. El Señor pondrá su mano sobre la cara de Moisés, impidiendo que Moisés vea su rostro, solo para retirar su mano y permitir que Moisés vea la espalda al pasar. Seguramente «Moisés debió darse cuenta rápidamente de que, al conocer a Dios más plenamente, Dios se había convertido en un misterio (problema) aún mayor de lo que era antes».²

Si algo nos enseña el encuentro de Moisés es lo siguiente: la esencia de Dios está más allá del alcance de los mortales finitos como tú y yo. Ni Moisés pudo ver la esencia divina y vivir. Los muertos no hablan, especialmente los que han visto la esencia misma de Dios. Es incomprensible en toda Su gloria, perfección y resplandor.

«¿A QUIÉN ME COMPARARÁS?»

Moisés aprendió ese día que Dios es tan grande que desafía lo comprensible. Esa realidad llevará a Moisés a arrodillarse muchas veces, temeroso de Aquel que es fuego consumidor, que habita en luz inaccesible.

Sin embargo, Israel no teme al Señor como Moisés. La incomprensibilidad divina no los deja asombrados ante un Infinito que se rebaja a

² Weinandy, *Does God Suffer?*, 33.

establecer un pacto con un pueblo tan finito y pecador. Saben que no pueden pisar el monte Sinaí, no sea que mueran, pero en lugar de inclinarse en señal de adoración, esperando las palabras de vida, se apartan, contentándose con dioses que pueden ver y tocar, que pueden fabricar con sus propias manos, que pueden controlar y domesticar.

Pero a Dios no se le puede domesticar. Como dice por medio del profeta Isaías: «¿A quién me asemejarán, Me igualarán o me compararán para que seamos semejantes?» (Is. 46:5). La respuesta es obvia: ¡nadie! Dios está pensando específicamente en los falsos ídolos de Babilonia que Israel está tentado a adorar. Son hechos por manos humanas. Los artesanos funden y moldean el oro, creando una imagen; luego elevan esa imagen de oro, se postran ante ella en el suelo y la veneran como a un dios.

El cuadro pintado por Isaías es intencionadamente irónico: ¿el creador adorando a la criatura? Pero la escena es aún más humillante. El objeto adorado es, pues, un *objeto* y nada más. Puede verse, puede tocarse. Está confinado a un lugar, pues es inmóvil; de hecho, no puede moverse. Dios se ríe burlonamente: «Lo levantan en hombros y lo llevan; lo colocan en su lugar y *allí* se está. No se mueve de su lugar» (46:7a). ¿Podría haber un objeto más impotente? Dios piensa que no.

Pero sigamos el juego, ¿de acuerdo? Quizá este nuevo ídolo pueda al menos escuchar las palabras de sus adoradores y luego responder en consecuencia. No, tampoco puede hacerlo. «Aunque alguien clame a él, no responde». Y si no responde, entonces no puede salvar a la persona de su problema (46:7b). Este es un dios que se puede domesticar.

¿Cuán diferente es el Dios de Israel? Escucha cómo responde: «Yo soy Dios, y no hay otro; *Yo soy* Dios, y no hay ninguno como Yo» (46:9). Anteriormente en Isaías, Dios dice:

¿Quién midió las aguas en el hueco de Su mano, Y con
Su palmo tomó la medida de los cielos, O con un tercio

¿PODEMOS CONOCER LA ESENCIA DE DIOS?

de medida calculó el polvo de la tierra? ¿*Quién* pesó los montes con la báscula, Y las colinas con la balanza? ¿Quién guió al Espíritu del Señor, O como consejero suyo le enseñó? ¿A quién pidió consejo y *quién* le dio entendimiento? ¿*Quién* lo instruyó en la senda de la justicia, le enseñó conocimiento,

Y le mostró el camino de la inteligencia? Las naciones le son como gota en un cubo, Y son estimadas como grano de polvo en la balanza. Él levanta las islas como al polvo fino. (40:12–15)

Y luego viene una de las afirmaciones más serias de todas:

Todas las naciones ante Él son como nada, Menos que nada e insignificantes son consideradas por Él. ¿A quién, pues, asemejarán a Dios, O con qué semejanza lo compararán? (40:17–18)

¿Un ídolo tal vez?

El artífice funde el ídolo, El orfebre lo recubre de oro Y el platero *le hace* cadenas de plata. El que es muy pobre para *tal* ofrenda Escoge un árbol que no se pudra; Se busca un hábil artífice Para erigir un ídolo que no se tambalee. (40:19–20)

No ocurre lo mismo con el Creador.

Él es el que está sentado sobre la redondez de la tierra, Cuyos habitantes son como langostas. Él es el que extien-

de los cielos como una cortina Y los despliega como una tienda para morar. *Él es* el que reduce a la nada a los gobernantes, Y hace insignificantes a los jueces de la tierra.
(40:22–23)

A diferencia de Su creación, «El Dios eterno, el Señor, el creador de los confines de la tierra no se fatiga ni se cansa. Su entendimiento es inescrutable» (40:28).

Lo que Isaías 40 deja abundantemente claro es que este Dios no solo es un ser más grande que nosotros, como si fuera simplemente diferente en *grado*, una especie de superhombre. No, este Dios es diferente en *clase*. Es un ser totalmente distinto. Él es el Creador, no la criatura. De esta diferencia fundamental —que los teólogos han llamado la distinción Creador-criatura— se derivan todas las demás diferencias. No se pone en manos de la criatura, sino que sostiene a toda persona —¡incluso a naciones enteras!— en la palma de Su mano. No está limitado a un lugar concreto, para ser colocado sobre un pedestal, como los ídolos de oro, sino que trasciende cualquier lugar y está en todas partes a la vez con todo Su ser. Incluso cuando «está sentado», por así decirlo, está sentado en Su trono celestial juzgando a las naciones. No es un dios con orejas de piedra fundida, sino un Dios que escucha las oraciones de su pueblo, conoce todas sus necesidades y, por tanto, puede salvarlos de sus enemigos, y así lo hará.

No hay nadie como este Dios. Él es, como dice Isaías 40:28, «inescrutable». Esa palabra «inescrutable» es la clave. No solo es cierto que Dios es incomparable, sino que también es incomprensible. Su poder, conocimiento, presencia y sabiduría son inagotables e insondables. Nadie ha conocido jamás, y nadie conocerá jamás, la profundidad de Su esencia, el alcance de Su poder o la altura de Su gloria. Es, en una palabra, *infinito*. Eso no lo podemos decir de nadie más. «*Yo soy* Dios, y no hay ninguno como Yo» (Is. 46:9). «Porque Mis pensamientos no son los

pensamientos de ustedes, Ni sus caminos son Mis caminos, declara el Señor. Porque *como* los cielos son más altos que la tierra, Así Mis caminos son más altos que sus caminos, y Mis pensamientos más que sus pensamientos» (55:8–9).

TIERRA DE NADIE

Si Dios no fuera incomprensible, ¿qué se pondría en riesgo? ¿Y qué tendría que ser cierto para que Dios fuera comprensible? En pocas palabras: si no fuera incomprensible, Dios mismo se vería disminuido por diversas razones.

Para empezar, nosotros, las criaturas, tendríamos que ser Dios para comprender a Dios en toda Su gloria.³ Pero está claro que, si nos volviéramos divinos para comprender al único ser que es divinidad, entonces Dios mismo dejaría de ser divino. Escucha la sabiduría de Agustín: «Estamos hablando de Dios. ¿Es de extrañar que no lo comprendas? *Porque si lo comprendes, no es a Dios a quien comprendes*. Que sea una piadosa confesión de ignorancia más que una precipitada profesión de conocimiento. Alcanzar un ligero conocimiento de Dios es una gran bendición; comprenderlo, sin embargo, es totalmente imposible».⁴

Tomás de Aquino dice algo parecido: «Ninguna mente creada puede alcanzar el modo perfecto de comprensión de la esencia de Dios que es intrínsecamente posible». A continuación, Aquino hace una afirmación de la que se harán eco todos los teólogos posteriores a él: «Lo infinito no puede ser contenido en lo finito. Dios existe infinitamente y nada finito puede comprenderlo infinitamente». Aquino concluye: «Es imposible para una mente creada comprender a Dios infinitamente; es imposible, por tanto, comprenderlo».⁵

³ Bavinck, *Reformed Dogmatics*, 2:36.

⁴ Agustín, *Lectures on the Gospel of John*, tratado 38; citado en Bavinck, *Reformed Dogmatics*, 2:48.

⁵ Aquino, *Summa Theologiae* 1a.12.7.

Ni siquiera los nombres de Dios que aparecen en las Escrituras — Elohim, El Shaddai, Sabaoth, Yahvé— pretenden revelar la esencia divina en *toda su plenitud*.⁶ Ciertamente lo revelan de *verdad*, pero nunca *exhaustivamente*. Nunca fue esta la intención de Dios. «Él no puede impartirse plenamente a sus criaturas».⁷ Hacerlo sería comprometer Su propia existencia.

En el pasado, se ha hablado de la esencia de Dios como de Su «quididad».⁸ La quididad constituye «la naturaleza esencial de algo».⁹ La quididad de Dios no es como la nuestra. Infinito como es, Su quididad es inefable.¹⁰ «Inefable» significa que algo es «incapaz de expresarse con palabras».¹¹ Decir que la quididad de Dios es inefable es decir que la esencia de Dios es indescriptible. Es tan infinita, suprema y gloriosa que Su majestad, belleza y perfección trascienden nuestras débiles palabras humanas. Como Dios le dijo a Moisés, si nos encontráramos directamente con Dios en su propia esencia, seguramente moriríamos. Puesto que la quididad de Dios es inefable, tendríamos razón al decir que es tierra de nadie.

EL PAPEL DE LA HUMILDAD EN LA BÚSQUEDA DE LA MAJESTAD

Vivir dos décadas en el siglo XXI tiene sus ventajas. Nos ofrece un punto de vista a vuelo de pájaro: sobrevolamos los siglos anteriores con ojos de águila para ver los pasos en falso de las generaciones que nos precedieron.

6 Bavinck, *Reformed Dogmatics*, 2:36.

7 Ibid.

8 Ibid., 2:39.

9 Merriam-Webster, s. v. «quidditativo (adj.)», consultado el 20 de agosto de 2018, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/quidditative>.

10 Anselmo utiliza la palabra «inefable» a lo largo de su *Monologion* y *Proslogion*. Por ejemplo, Anselmo, *Proslogion* 17 (*Major Works*, 97).

11 Merriam-Webster, s. v. «inefable (adj.)», consultado el 20 de agosto de 2018, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/ineffable>.

Durante la época de la Ilustración, por ejemplo, muchos pensadores, cristianos incluidos, tenían una visión extremadamente optimista de la humanidad. Con la sola razón, los seres humanos podían escalar las mayores alturas que ofrecen las artes y las ciencias. La religión tampoco quedó exenta. Aunque se adoptaron diferentes enfoques, algunos creían que podían determinar quién es Dios simplemente utilizando su capacidad de razonamiento. La Biblia podía dejarse de lado para siempre; bastaba con la razón.

Con el paso del tiempo, se hizo evidente que el experimento de la Ilustración había fracasado. La guerra, por ejemplo, puso de manifiesto que la humanidad no es moralmente neutra, sino corrupta. El mal uso de la razón demostró que, después de todo, la humanidad necesitaba urgentemente una revelación especial. La razón autónoma no era tan autónoma. De hecho, era idólatra, pues pretendía desplazar a Dios de su trono y sustituir la autoridad del Creador por el intelecto de la criatura. Las locuras de la Ilustración deberían recordarnos siempre que tratar de subir la escalera del cielo para derribar a Dios es el colmo de la arrogancia humana. Otra vez la torre de Babel.

Un enfoque mucho mejor combina la búsqueda del conocimiento con la humildad, una humildad que busca la comprensión en la revelación que Dios hace de sí mismo. Es el enfoque de la fe que busca la comprensión. Como ora Anselmo: «Porque no busco comprender para creer, sino que creo para comprender».¹² La Palabra de Dios, la Sagrada Escritura, nos abre la puerta para tener un verdadero conocimiento de Dios. Sin embargo, cuanto más sabemos, más nos damos cuenta de que no sabemos. «Cuanto más Dios revela quién es y cuanto más llegamos a un conocimiento verdadero y auténtico de quién es, más misterioso se vuelve».¹³ Es como pasar incontables horas observando por el microscopio

¹² Anselmo, *Proslogion* 1 (*Major Works*, 87).

¹³ Weinandy, *Does God Suffer?*, 33.

a una criatura acuática, para luego descubrir que se trata de una ballena jorobada.

DOS TENTACIONES

La incomprensibilidad de Dios es un recordatorio útil de que siempre que hablamos del Dios infinito, el misterio tiene un papel bíblico adecuado. No el agnosticismo, sino *el misterio*. El agnóstico niega que podamos conocer a Dios o que siquiera exista. En el corazón del agnosticismo hay una desconfianza inamovible, un escepticismo agudo ante lo divino.¹⁴ Está a un paso del ateísmo, y algunos dirían que el ateísmo es su conclusión lógica.¹⁵ Por algo se le ha llamado «la muerte de la teología».¹⁶

Pero las Escrituras nunca aceptan tal incertidumbre. Por el contrario, los autores bíblicos declaran con confianza, desde Génesis hasta Apocalipsis, que Dios existe y que la razón por la que sabemos que existe es que no guarda silencio. Este Dios que nos habla ha revelado quién es y cuál es su voluntad para su pueblo. A los ojos del mundo, el escéptico es considerado el sabio; a los ojos de Dios, el escéptico es llamado necio (Sal. 14:1). Dios puede ser incomprensible, pero no es incognoscible. Cualquier duda queda disipada en el momento en que Dios habla.

Otros no van tan lejos como el agnosticismo secular. Se mantienen inquebrantablemente religiosos (Dios ciertamente existe) pero religiosamente místicos (no podemos conocerlo) en su visión de Dios. Dios es tan alto que el Misterio carece de toda definición; solo queda un vacío total. Estos individuos se enorgullecen de conocer a Dios sin saber nada de Dios, por irónico que parezca. Intentan «trascender todas las limitaciones del espacio y el tiempo, despojan nuestra idea de Dios de toda semejanza

¹⁴ Bavinck, *Reformed Dogmatics*, 2:44.

¹⁵ Ibid., 2:51.

¹⁶ Ibid., 2:44.

con una criatura finita, y acaban con una idea vacía y abstracta carente de valor para la religión... El Absoluto ha quedado reducido a la nada».¹⁷

Herman Bavinck llama a esta tendencia una «antinomía insoluble».¹⁸ Una «antinomía» es un «conflicto o contradicción fundamental y aparentemente insoluble».¹⁹ La palabra «insoluble» se refiere a algo que «no tiene solución ni explicación». En ciencia, algo es insoluble si es «incapaz de disolverse en un líquido y especialmente en agua».²⁰ Piensa en tus días de escuela en el laboratorio cuando tu profesor te pedía que mezclaras aceite con agua. ¿El resultado? No se mezclan. El aceite no se disuelve en el agua.

Pero ¿por qué llama Bavinck a esta segunda tentación una antinomía insoluble? Porque hemos renunciado a toda reconciliación entre la trascendencia y la inmanencia de Dios. «Absolutidad y personalidad, infinitud y causalidad, inmutabilidad y comunicabilidad, trascendencia absoluta y semejanza con la criatura—todos estos pares parecen irreconciliables en el concepto de Dios».²¹ Es creer que solo puede haber una «contradicción insoluble».²² Sin embargo, podríamos preguntarnos: ¿no será esta «contradicción insoluble» en realidad un «misterio adorable»?²³

Fíjate: afirmar que Dios es incomprensible, un misterio adorable, ya es mucho decir sobre Él, como descubrimos en Isaías 40. La incomprensibilidad no alienta, sino que menoscaba el agnosticismo y el misticismo.

Al mismo tiempo, la incomprensibilidad impide al cristiano pensar que un simple mortal pueda conocer la esencia misma de Dios —conocer

17 Bavinck, *Reformed Dogmatics*, 2:47.

18 Ibid.

19 *Merriam-Webster*, s. v. «antinomía (n.)», consultado el 20 de agosto de 2018, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/antinomy>.

20 *Merriam-Webster*, s. v. «insoluble (adj.)», consultado el 20 de agosto de 2018, <https://www.merriam-webster.com/dictionary/insoluble>.

21 Bavinck, *Reformed Dogmatics*, 2:47.

22 Ibid., 2:49.

23 Ibid.

a Dios *per essentiam*, «en términos de su esencia».²⁴ Nos aparta a los individuos finitos del racionalismo teísta de la Ilustración —es decir, de la creencia agresiva de que los mortales podemos, por nuestra propia razón humana sin ayuda, alcanzar un conocimiento exhaustivo de lo divino.

LA MANERA MÁS PERFECTA DE BUSCAR A DIOS: CONOCER A DIOS POR SUS OBRAS

Agustín escribió una vez que cada vez que pensamos en Dios, «somos conscientes de que nuestros pensamientos son bastante inadecuados para su objeto, e incapaces de comprenderlo tal como es». Sin embargo, la Escritura nos ordena «pensar siempre en el Señor, nuestro Dios», aunque «nunca podamos pensar en Él como se merece». ¿Cómo debemos dirigirnos a Él? «Puesto que en todo momento deberíamos alabarle y bendecirle, y sin embargo ninguna de nuestras palabras es capaz de expresar lo que es, empiezo por pedirle que me ayude a entender y explicar lo que tengo en mente y que perdone los errores que pueda cometer; Porque soy tan consciente de mi debilidad como de mi voluntad».²⁵

Este puede ser uno de mis pasajes favoritos de Agustín. Cada vez que se sentaba a escribir sobre Dios, dejaba la pluma, se arrodillaba y oraba. Sabía que no podría alcanzar el misterio de Aquel que es incomprensible. Agustín también sabía que su intento finito de describir al Incomprensible estaba contaminado por su propia debilidad. Para describir a Dios, Agustín necesitaba desesperadamente la ayuda del propio Dios.

Respetar este misterio exige un cierto grado de modestia, un reconocimiento de nuestra perspectiva terrenal. Supone reconocer que *somos* los receptores y beneficiarios, no los originadores y creadores, de la revelación divina. Si *sabemos* algo de Dios es porque Él ha querido darlo a conocer; la revelación es un don. Desde ese punto de vista, nuestra tarea no puede

²⁴ Bavinck, *Reformed Dogmatics*, 2:39.

²⁵ Agustín, *Trinity* 5.1 (trad. Hill, p. 189).

ser la especulación. Nuestra respuesta a Su revelación de sí mismo no es exigir el conocimiento de lo que ha decidido ocultar.

En cambio, la humildad cristiana nos exige recibir con gratitud lo que ha dicho y limitarnos a lo que ha dicho y hecho, en lugar de anhelar lo que no ha dicho y las obras que ha dejado sin realizar. «Sabemos», señala Juan Calvino, «que el modo más perfecto de buscar a Dios, y el orden más adecuado, no es que intentemos con atrevida curiosidad penetrar hasta la investigación de su esencia, que debemos adorar más que escudriñar meticulosamente, sino que lo contemplemos en sus obras por las que se nos hace cercano y familiar, y en cierto modo se comunica a sí mismo». Haciéndose eco de Agustín, Calvino concluye: «Porque, descorazonados por su grandeza, no podemos comprenderlo, debemos contemplar sus obras, para ser restaurados por su bondad».²⁶

Nuestra atención se centra en las obras de Dios, no en Su esencia. Podemos indagar en aquellas, pero ante esta solo nos queda maravillarnos. Por eso, podemos decir con Bavinck que nuestro Dios «es el único objeto de todo nuestro amor, precisamente porque es el Único infinito e incomprensible».²⁷ Por eso podemos cantar,

Inmortal, invisible, único sabio Dios, en luz inaccesible oculto a nuestros ojos, bendito, glorioso, el Anciano de Días, Todopoderoso, victorioso, alabamos tu gran nombre.²⁸

²⁶ Calvino, *Institutes* 1.5.9.

²⁷ Bavinck, *Reformed Dogmatics*, 2:48.

²⁸ Primera estrofa de Smith, «Inmortal, Invisible».